

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 8

Las Obras Misionales Pontificias



Tema 5

OBRA PONTIFICIA UNIÓN MISIONAL



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

“**L**a misión ad gentes se despliega aun hoy día, mayormente, en aquellas regiones del Sur del mundo donde es más urgente la acción para el desarrollo integral y la liberación de toda opresión. La Iglesia siempre ha sabido suscitar, en las poblaciones que ha evangelizado, un impulso hacia el progreso, y ahora mismo los misioneros, más que en el pasado, son conocidos también como promotores de desarrollo por gobiernos y expertos internacionales, los cuales se maravillan del hecho de que se consigan notables resultados con escasos medios.

“En la Encíclica *Sollicitudo rei socialis* he afirmado que ‘la Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer al problema del subdesarrollo en cuanto tal’, sino que ‘da su primera contribución a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta’. [...] La misión de la Iglesia no es actuar directamente en el plano económico, técnico, político o contribuir materialmente al desarrollo, sino que consiste esencialmente en ofrecer a los pueblos no un ‘tener más’, sino un ‘ser más’, despertando las conciencias con el Evangelio. El desarrollo humano auténtico debe echar sus raíces en una evangelización cada vez más profunda.

“La Iglesia y los misioneros son también promotores de desarrollo con sus escuelas, hospitales, tipografías, universidades, granjas agrícolas experimentales. Pero el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente ni del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica. La Iglesia educa las conciencias revelando a los pueblos al Dios que buscan, pero que no conocen; la grandeza del hombre creado a imagen de Dios y amado por él; la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios; el dominio sobre la naturaleza creada y puesta al servicio del hombre; el deber de trabajar para el desarrollo del hombre entero y de todos los hombres.

“Con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida. Es la perspectiva bíblica de los ‘nuevos cielos y la nueva tierra’ (cf. Is 65,17; 2 P 3,13; Ap 21,1), la que ha introducido en la historia el estímulo y la meta para el progreso de la humanidad. El desarrollo del hombre viene de Dios, del modelo de Jesús Dios y hombre, y debe llevar a Dios. He ahí por qué entre el anuncio evangélico y promoción del hombre hay una estrecha conexión.

“La aportación de la Iglesia y de su obra evangelizadora al desarrollo de los pueblos abarca no sólo el Sur del mundo, para combatir la miseria y el subdesarrollo, sino también el Norte, que está expuesto a la miseria moral y espiritual causada por el ‘superdesarrollo’ [...].

“Contra el hambre cambia la vida es el lema surgido en ambientes eclesiales, que indica a los pueblos ricos el camino para convertirse en hermanos de los pobres; es necesario volver a una vida más austera que favorezca un nuevo modelo de desarrollo, atento a los valores éticos y religiosos. La actividad misionera lleva a los pobres luz y aliento para un verdadero desarrollo, mientras que la nueva evangelización debe crear en los ricos, entre otras cosas, la conciencia de que ha llegado el momento de hacerse realmente hermanos de los pobres en la común conversión hacia el ‘desarrollo integral’, abierto al Absoluto” (RM 58.59).

Desde la realidad

1. Así las cosas, habría que interrogarse muy seriamente. ¿Por qué en nuestras comunidades cristianas se hace más hincapié en las campañas y programas a favor del desarrollo y no tanto en las ordenadas hacia la acción específicamente evangelizadora de la Iglesia?
2. ¿Cuál es el porqué del florecimiento de tantos “voluntarios” para colaborar en actividades necesarias, aunque humanas, y no para participar en la evangelización propiamente dicha?
3. ¿Le basta a un cristiano actuar desde la solidaridad o más bien lo ha de hacer desde la fraternidad?

I. Un poco de historia

Al querer plasmar la trayectoria histórica de la Pontificia Unión Misional, hay que recordar obligatoriamente a su fundador: el Beato Paolo Manna, “el Cristóbal Colón de la cooperación misionera” (Juan XXIII), “heraldo del Evangelio” (Pablo VI). Su precaria salud le obligó en varias ocasiones a abandonar su acción evangelizadora en Birmania Oriental y a trasladarse a su Italia natal, y es aquí donde constata con gran pena –como afirma en sus escritos– que, lamentablemente, la mayor parte de los cristianos no conocía, por falta de información, la situación humana y suerte espiritual de las naciones a las que no había llegado el anuncio de la Buena Nueva de Jesús.

Si tal realidad provocaba en él un gran dolor, no era menor el que le producía la verificación de la causa de situación tan sangrante. Por lo general, el origen de tanta ignorancia residía en que los sacerdotes estaban tan absorbidos por sus obras de apostolado y su entrega solícita a la grey confiada, que no veían más allá de sus propias fronteras y, en consecuencia, no demostraban preocupación por las misiones ni promovían la solicitud que hubiera sido necesaria.

En estos hechos se enraza el que “aquel hombre de Dios –también expresión de Pablo VI–, no sin una inspiración de lo alto”, concibiera la idea y pusiera las bases para estimular en el corazón de todos los sacerdotes la inquietud e interés por las misiones y, a través de su acción pastoral, propiciar en el pueblo cristiano, que –como intuye el Papa Benedicto XV– “siente propensión innata a socorrer con largueza las empresas apostólicas”, el comienzo y vigoroso desarrollo de una auténtica conciencia misionera.

En todo este proceso, no deja de ser providencial la colaboración de monseñor Guido Conforti, obispo de Parma y, a su vez, fundador del Instituto Misionero de San Francisco Javier, cuyos miembros son conocidos hoy como los Misioneros Javerianos. En efecto: en la realización de sus proyectos, no sólo los consejos sino también el trabajo de este insigne prelado fue-

ron una valiosísima ayuda para potenciar la naciente Unión Misional del Clero. Más aún: su alta autoridad moral sirvió de argumento notable para que Benedicto XV le concediese la aprobación pontificia el 31 de octubre de 1916 y para que más adelante, en la encíclica *Maximum illud* del 30 de noviembre de 1919, Pío XI, que fue uno de los primeros inscritos en la asociación, la presentase oficialmente a todos los obispos, la aplaudiera y ensalzara abiertamente y la recomendara a todo el clero. Tamaña colaboración y apoyo, al mismo tiempo que interés y esfuerzo por la extensión de la Unión Misional del Clero, quedó reflejada en el hecho de que, a pesar de ser el Beato Manna el alma, coordinador y maestro-testigo de la asociación, su primer presidente, en el período de 1917 a 1927, fue monseñor Conforti.

Fundada esta pía asociación en 1916 en Milán, se extiende rápidamente por toda Italia, y los 48 socios iniciadores, al final del año siguiente, ascendían a 1.254; Pío XI, el “Papa de las misiones”, fue uno de los primeros asociados. Tras variadas redacciones, sus Estatutos Generales datan de 1937, cuando ya se había extendido por muchas naciones y se iniciaba la reflexión sobre la ampliación del ámbito de sus destinatarios a los religiosos y religiosas, dada la solicitud que algunos superiores generales de Institutos religiosos laicales habían dirigido al Secretariado Internacional.

De hecho, es en 1938 cuando, en la Dirección Nacional de la Unión Misional de los Estados Unidos, se dan los primeros pasos para la agregación de las Congregaciones Religiosas. Pasarán aún, sin embargo, once años para que el papa Pío XII, por medio de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe, extienda la Unión Misional a los religiosos y religiosas, tanto de vida activa como contemplativa.

A la muerte del P. Manna –beatificado por Juan Pablo II el año 2001– en 1952, la Obra se encuentra establecida en 50 países de todo el mundo, merced a la intensa propaganda que de ella hace con su acción

y presencia y con sus numerosos escritos sobre el tema. Hoy día se calcula que está presente en todas las Iglesias donde están organizadas las OMP.

El título y elevación al rango de Pontificia le fue otorgado por Pío XII el 28 de octubre de 1956. A partir de entonces, es conocida con el nombre oficial de

Pontificia Unión Misional, y, en la mayoría de las Iglesias en que se halla establecida, actúa propiamente como un servicio a los agentes de pastoral para ayudarles a vivir más intensamente el dinamismo misionero de su vocación específica y para aportarles cauces y caminos en orden a facilitar su labor de animación misionera del Pueblo de Dios.

II. Identidad y objetivos

Si se atiende a los objetivos que, desde sus orígenes, ha tenido la Pontificia Unión Misional y, además, a su evolución a través de la historia, resulta fácil descubrir su identidad y plasmarla en una definición descriptiva. La Pontificia Unión Misional, como se ha visto, fue fundada para la animación y formación misionera de los sacerdotes que, juntamente con los Obispos, son primeros animadores misioneros del Pueblo de Dios. Más tarde, abre la proyección de sus objetivos hacia las congregaciones religiosas y, en la actualidad, según los Estatutos de las OMP, promueve *“la información y formación misionera de los sacerdotes, de los miembros de los Institutos de la vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica, de los candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada, como también de las otras personas de todos los países del mundo empeñadas en el ministerio pastoral de la Iglesia”* (cap. II; art. II, n. 23).

En consecuencia, y con el pensamiento y palabras de Pablo VI en la carta *Graves et crescentes*, dirigida en 1966 a la Pontificia Unión Misional, ésta *“no es [...] una nueva obra para la recogida de limosnas, sino que es la escuela natural de formación del espíritu cristiano en el sentido social del bautismo y, además, ayuda y completa la actividad de las Obras Misionales para que, a su vez, sean escuelas de formación cristiana y misionera; por último se emplea activamente en que las mismas Obras Pontificias Misionales sean conocidas por doquier, sean ayudadas en sus iniciativas y en sus fines y sean instituidas y promovidas en toda parroquia”* (GI 22).

Cabe resaltar un matiz que, lejos de confundirla con las restantes Obras Misionales Pontificias, constituye, más bien, lo más específico de esta Obra: su intensa dimensión de comunión tanto con las demás obras, cuyo conocimiento y vitalidad apoya con la formación y animación misioneras de los agentes de pastoral,

como con toda la Iglesia misionera, universal y particular, empeñada ardientemente en la evangelización de todos los pueblos. Así, la Pontificia Unión Misional realiza el cometido que se le ha confiado: *“mantener viva la tensión de toda la Iglesia hacia la Misión”* (Juan Pablo II, homilía en el 75.º aniversario de la PUM, 1990). Como se afirma en los Estatutos de las OMP, *“de la vitalidad de la Pontificia Unión Misional depende en gran parte el éxito de las otras OMP”* (cap. II; art. II, n. 25).

En síntesis, pues, los **objetivos** de la Pontificia Unión Misional son: a) dentro de la tarea general de formación de la conciencia misionera del Pueblo de Dios, su fin más propio es la animación y formación misionera de todos los agentes de pastoral de las comunidades cristianas y, más específicamente, de sus animadores misioneros; b) la *“creación de una pedagogía, de una formación, que nos habitúe a pensar y actuar como partes, como células, como hijos y hermanos de esta comunidad eclesial”* (Pablo VI, 8-6-66); c) y, a partir de los dos anteriores, la promoción y vitalización de las otras Obras Misionales Pontificias.

Es a raíz de estos objetivos donde encuentra su máxima importancia la Pontificia Unión Misional. Juan Pablo II la apunta explícitamente al afirmar: *“Es necesaria una radical conversión de la mentalidad para hacerse misioneros, y esto vale tanto para las personas como para las comunidades. El Señor llama siempre a salir de uno mismo, a compartir con los demás los bienes que tenemos, empezando por el más precioso, que es la fe. A la luz de este imperativo misionero se deberá medir la validez de los organismos, movimientos, parroquias u obras de apostolado de la Iglesia”* (RM 49).

Si el criterio para medir la autenticidad cristiana de una comunidad es la vivencia de su conciencia misio-

nera; si su vida y pastoral ha de estar preñada por el anhelo de que Jesucristo llegue con su Buena Nueva a toda la humanidad; si ha de alcanzar en su mirada los vastos horizontes de la Evangelización universal y ex-

tender su amor sin límite geográfico alguno, sus agentes de pastoral precisarán de un constante acompañamiento en su formación tanto doctrinal como espiritual y en su quehacer animador.

III. Actividades

La revista *Illuminare* se publica tres veces al año, con motivo de las grandes campañas misionales: DOMUND, Infancia Misionera y Vocaciones Nativas, y es el elemento fundamental que se pone en las manos de los agentes de pastoral para que, mediante la asimilación de cuanto en ella se les propone, adquieran una formación doctrinal genuina que, a la vez que les enriquece, les aporte sugerencias que, unidas a su creatividad, sean una eficaz ayuda en la animación misionera de su comunidad cristiana.

Es un *dossier* que, como su mismo nombre indica, pretende, en primer lugar, *iluminar*, clarificar los contenidos propios de cada una de las campañas, aportando para ello bases doctrinales, mensajes del Papa y explicación de sus objetivos. Al mismo tiempo, proporciona a los agentes de pastoral materiales válidos —entre los que nunca falta el testimonio vivo y actual de los misioneros— para su acción animadora en las celebraciones litúrgicas, catequesis, encuentros de reflexión y oración, etc.

No se puede olvidar, sino todo lo contrario, la acción educativa que se desarrolla a través de las **Escuelas de Animadores Misioneros**. Sin duda alguna, estas escuelas componen una formidable red, extendida por la mayoría de las diócesis, que, en razón de su título, cooperan a que vaya creciendo en intensidad y cantidad el número de personas que, con mayor entrega y preparación, se dedican al precioso y fecundo ministerio pastoral de la animación misionera de las comunidades cristianas.

Para facilitar la labor de tales escuelas, se han publicado estas carpetas, dedicadas cada una de ellas a desarrollar un tema de formación misional. A su vez, cada uno de los apartados en que se subdividen aporta una exposición doctrinal y sugerencias para la reflexión individual y por grupos y para la oración personal y comunitaria. Cabe, además, apuntar su

validez para una formación básica de los seminaristas y novicios y, de una forma especial, para la dinámica de los hoy llamados “Talleres Misioneros”, muy vivos en muchas comunidades.

Por último, se debe resaltar el interés por una presencia de la teología, la espiritualidad y la pastoral misioneras en los programas y actividades relativas a la formación permanente de los agentes de pastoral. A raíz de un simposio sobre la formación misionera de sacerdotes y seminaristas, el Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal del Clero ofrece a sus Delegados Diocesanos diversos materiales para facilitar su acción en este aspecto de la vida y ministerio de los presbíteros.

Recogiendo la experiencia de otras Iglesias, fue en la diócesis de Pamplona, hacia el año 1933, cuando empezó a difundirse, aunque de manera privada, la **Unión de Enfermos Misioneros**. El año 1940 quedaba erigida canónicamente, y en 1945 fue declarada oficialmente por la Pontificia Unión Misional como asociación auxiliar de la misma y su sede central fue trasladada a la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias.

La asociación pretende, ante todo, agrupar enfermos y discapacitados, para ayudarles a percibir el valor de semejante tesoro escondido y aplicarlo en favor de la acción de los misioneros: anunciar a Jesucristo, cimentar y construir nuevas comunidades eclesiales y proclamar los valores del Reino.

La forma de llegar a ellos y de suscitar su interés por este apostolado son los agentes de la Pastoral Sanitaria y los visitantes parroquiales de enfermos. En su ayuda, se publica un tríptico cuyo fin es llevarles a captar el valor del sufrimiento en la vida de la Iglesia y a proyectarles hacia los horizontes universales de la evangelización.

Para la reflexión personal

Se proponen dos textos como acicate para la reflexión y oración individual:

“Muchos son ya los frutos misioneros del Concilio: se han multiplicado las Iglesias locales provistas de obispo, clero y personal apostólico propios; se va logrando una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos; la comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales; la labor evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial; las Iglesias particulares se muestran abiertas al encuentro, al diálogo y a la colaboración con los miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones. Sobre todo, se está afianzando una conciencia nueva: la misión atañe a todos los cristianos, todas las diócesis y parroquias, las instituciones y asociaciones eclesiales.

“No obstante, en esta ‘nueva primavera’ del cristianismo no se puede dejar oculta una tendencia negativa, que este documento quiere contribuir a superar: la misión específica *ad gentes* parece que se va parando, no ciertamente en sintonía con las indicaciones del Concilio y del magisterio posterior. Dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo. En efecto, en la historia de la Iglesia, este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de una crisis de fe” (RM 2).

La constatación, pese a que dolorosa, real de que, a pesar de la maravillosa doctrina conciliar, existe últimamente un debilitamiento de la presencia permanente de la dimensión misionera universal en la pastoral ordinaria, provoca la urgencia de un servicio, cuya finalidad sea cooperar en el despertar y el fortalecimiento de la conciencia misionera de todos los agentes de pastoral y, al mismo tiempo, proporcionarles medios aptos para que den vitalidad misionera a sus comunidades cristianas y las conduzcan a una implicación activa en el ejercicio de su derecho-deber a participar en la actividad misionera *ad gentes*. Como muy certeramente indicó Pablo VI, un servicio, en definitiva, con el objetivo de “fomentar, sobre todo, una intensa espiritualidad misionera” (GE 27).

Para el trabajo en grupos

Las Iglesias de la antigua cristiandad, ante la dramática tarea de la nueva evangelización, comprenden mejor que no pueden ser misioneras respecto a los no cristianos de otros países o continentes, si no se preocupan también seriamente de los no cristianos en su propia casa. La misión en el interior de nuestra sociedad es signo creíble y estímulo de la misión *ad gentes* y viceversa. A partir de estas consideraciones, fundamentadas en RM 34, preguntaos:

- 1** a) A nivel personal y de grupo, ¿a quién está llegando el Evangelio por tu (vuestro) compromiso cristiano? Es decir: qué es lo que haces, lo que no haces, lo que haces de manera imperfecta y se convierte en antitestimonio. b) ¿Quiénes, cerca de ti (vosotros), tienen derecho al Evangelio y no tienen quien se lo anuncie? c) ¿Y si habláramos de miedo (?) a anunciar el Evangelio por el rechazo frontal que, de entrada, nos imaginamos en algunos sectores?
- 2** a) Fijándoos en vuestra propia comunidad cristiana, ¿qué actividades realiza para llevar el Evangelio a los no cristianos que ya hay entre vosotros y a los “*bautizados que han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio*” (RM 33)? b) Haced el perfil de un creyente de nuestros días. Colocad en él todas las ataduras que le frenan y le llevan a la comodidad y a no comprometerse. Imaginad también soluciones positivas. c) Escribid un decálogo del compromiso, teniendo en cuenta dos dimensiones: ser misioneros de Jesús aquí, en el propio ambiente, y cooperar en la misión universal de la Iglesia.

LA APUESTA DEL PADRE MANNA

Conocí a Paolo Manna cuando era joven seminarista en mi diócesis de Aversa, Italia. Uno de sus colaboradores fue incluso mi director espiritual. Puedo decir, pues, que la espiritualidad de este gran misionero ejerció notable influencia sobre mi formación, hasta el punto de que habría deseado ser misionero del PIME. El Señor tenía otros caminos. He sido llamado a la responsabilidad de Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Hallo una coincidencia providencial en el hecho de que los inicios de este servicio mío estén bajo el signo del testimonio del padre Manna, al que Su Santidad ha proclamado Beato.

Hay una profunda coincidencia entre la enseñanza de este misionero y el significado de la Congregación que, según RM 75, “*debe dirigir y coordinar en todo el mundo la obra misma de la evangelización de los pueblos y la cooperación misionera*”. Si una persona vivió para afirmar en la Iglesia estas dos dimensiones, fue precisamente el padre Manna.

Lo hizo en primer lugar con su vida personal, centrada en la oración y en el amor a Jesucristo: “La vocación misionera –solía decir– no puede sostenerse si no es concebida como nuestra respuesta al amor infinito de Cristo; a Cristo nunca le servimos bastante...”. Esta radicalidad “vertical” de su relación con el Señor, alimentada cada día con la oración y la fraternidad con sus compañeros de vocación, le hizo descubrir una universalidad “horizontal”: el empeño misionero por todos los sacerdotes y por todos los fieles bautizados.

Gracias a la fundación de la Unión Misional del Clero, pudo comunicar el impulso y el deseo de partir para la misión *ad gentes* a muchos sacerdotes. Se calcula que miles de sacerdotes, gracias a sus escritos, decidieron ofrecerse para el servicio en las misiones lejanas, dejando las propias parroquias y diócesis. El razonamiento del padre Manna es sencillo: la misión no es un asunto de especialistas, sino de todos los bautizados: laicos, sacerdotes, obispos. En la primera mitad del siglo pasado, la misión *ad gentes* estaba confiada, de hecho, sólo a Institutos misioneros o a religiosos y religiosas. Su testimonio apenas tocaba la vida de las Iglesias ya constituidas; al máximo lo hacía

con algún recuerdo a donar algún dinero. El padre Manna truena: “La cooperación misionera no es sólo cuestión de dinero, como, por ignorancia, parecen creer demasiados: es una cuestión exquisita, soberanamente espiritual... Es, sobre todo, una cuestión de personal. La forma más urgente de cooperación es favorecer las vocaciones al apostolado, dar operarios a la Iglesia”.

Pero, para educar en esto, es necesario educar a los sacerdotes –que influenciarán, a su vez, a los fieles laicos– sobre el hecho de que la misión nace con el bautismo. Llamándoles a cerrar filas en la PUM, educó a los sacerdotes a comprender que la conciencia misionera está enraizada en el sacramento del Orden recibido. La incardinación en una diócesis no limita, sino que, al contrario, favorece la universalidad y la misionariedad... Decía el padre Manna: “La primera y fundamental función de la Iglesia es la evangelización del mundo”.

Esta dimensión de la universalidad del compromiso misionero fue absorbida también por el Concilio, así como por *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI y *Redemptoris missio* de Juan Pablo II. Ambos documentos subrayan la dignidad del compromiso misionero de los laicos, casados, consagrados, profesionales, e incluso turistas. La misión abraza y polariza toda actividad en la vida de los fieles.

A casi 30 años del Concilio Vaticano II, muchas de las ideas del padre Manna y del Concilio mismo se han convertido en una dimensión constante de muchos. La experiencia de los sacerdotes diocesanos que ofrecen algunos años de servicio en países de misión se ha hecho común en muchas diócesis: misioneros laicos y familias enteras, de asociaciones y movimientos, dejan su patria para ir a vivir y testimoniar el amor de Cristo a pueblos que no le conocen. Y todo esto no empobrece, sino enriquece, a sus Iglesias de origen.

El Papa Juan Pablo II ha dicho en *Novo millennio ineunte* que el Concilio Vaticano II es un faro que nos guía en el Tercer Milenio. Nos ayuda siempre a percibir la urgencia de anunciar y la magnanimidad de no sofocar en pequeños problemas: “*La misión está en los comienzos*” (RM 1).

CARD. CRESCENZIO SEPE, *Prefecto de la CEP*

ORACIÓN

Dios Padre, que estableciste tu Iglesia en Cristo como sacramento universal de salvación:

infunde tu Espíritu en los que elegiste para guiar y animar a tu pueblo, suscitando en ellos el fervor misionero.

Haz que los presbíteros, partícipes del ministerio de salvación del Buen Pastor, eduquen a las comunidades cristianas a la misión universal confiada por Cristo a la Iglesia,

para que, estimuladas por su ejemplo y su palabra, cooperen en la evangelización del mundo

con la oración, el sacrificio, la disponibilidad personal, la asistencia a las vocaciones para la misión.

Concede a los religiosos y religiosas

que testimonien su consagración en el anuncio del Evangelio a todos y en el servicio amoroso a los pobres, a los lejanos, a los que sufren.

Y alienta con el impulso de tu Espíritu

a cuantos viven su vocación laical comprometidos en actividades pastorales, para que se esfuercen en el anuncio del Reino en el corazón del mundo. Amén.

Santa María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia.

Como los Apóstoles después de la ascensión de Jesús,

nos reunimos contigo para implorar el Espíritu

y obtener fuerza y valor para cumplir el mandato misionero.

Nosotros, mucho más que los Apóstoles,

tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu.

Quienes formamos la Iglesia de tu Hijo en este tercer milenio

queremos vivir más profundamente el misterio de Cristo,

colaborando con gratitud en la obra de la salvación.

Queremos hacerlo contigo y como tú, María, nuestra madre y modelo.

Por eso te pedimos que, por la fuerza del Espíritu de tu Hijo,

nos hagas participar de tu amor maternal.

Lo necesitamos en abundancia

cuantos cooperamos a la regeneración de toda la humanidad por medio del anuncio del Evangelio.

Te rogamos que compartas especialmente este amor de madre

con quienes se dedican a cumplir el mandato misionero

en el mundo de hoy: los misioneros.

Santa María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia:

haz que, cada día, sintamos en nuestro interior

la fuerza interpelante del envío de Cristo a sus apóstoles

a ser sus testigos en Jerusalén, Judea, Samaría

y hasta los confines de la tierra. Amén.